

eres mil. Otro día tuvo conocimiento de que se iba á verificar próximamente la boda de su señor, y dirigiéndose á él atrevidamente, le dijo: *Señor, ¿por qué os casais?* Pecopin echó de su casa al perrero.

Esto hubiese podido inquietar al caballero, pues Erilangus tenía un espíritu sutil y una feliz memoria. Pero la verdad es que el perrero entró en la casa del marqués de Lurace, donde al poco tiempo se le nombró primer montero, y Pecopin no volvió á oír hablar más de él.

La semana anterior á la que debía efectuarse la boda, Bauldour hilaba en el alféizar de una ventana. Su enano vino á advertirle que Pecopin subía la escalera. Ella quiso correr para salir al encuentro de su prometido; pero al levantarse de su silla, que era de respaldo recto y esculpido, se enredó un pié en el hilo de la rueca y cayó. La pobre Bauldour se levantó. No se había hecho ningún daño, pero se acordó que en otro tiempo á la castellana Liba le sucedió un accidente igual á éste y sintió oprimírsele el corazón.

Pecopin entró radiante de felicidad, le habló de su matrimonio y de su dicha, y la nube que ella tenía en el alma se evaporó.

III.

Donde se explica la diferencia que hay entre el oído de un jóven y el oído de un viejo.

Al día siguiente Bauldour hilaba en su aposento y Pecopin cazaba en el bosque. Estaba solo y tenía únicamente un perro. Siguiendo el azar de la caza, llegó cerca de una alquería que estaba á la entrada del bosque de Sonn, y que marcaba el límite de los dominios de Sonneck y de Falkenburg. Esta alquería estaba sombreada al Oriente por cuatro grandes árboles, un fresno, un olmo, un pino y una encina, los cuales se llamaban en el país los *cuatro evangelistas*. Parece que estos árboles eran mágicos. Cuando Pecopin pasó por bajo su sombra, cuatro pájaros estaban encaramados en los cuatro árboles; un grajo en el fresno, un mirlo en el olmo, una urraca en el pino y un cuervo en la encina. Los cuatro gorjeos ó cantos de estos cuatro animales de pluma se mezclaban de un modo extravagante, y parecía que unos á otros se preguntaban y se respondían. Además se oía á un palomo, que no se veía porque estaba en el bosque, y una

gallina, que no se veía porque estaba en el corral de la alquería. Algunos pasos más allá, un viejo encorvado por los años colocaba á lo largo de una pared troncos para el invierno. Viendo acercarse á Pecopin, se volvió, y enderezándose le dijo:

—Caballero, ¿ois lo que dicen esos pájaros?

—¿Y á mí qué me importa lo que puedan decir, buen hombre? contestó Pecopin.

—Señor, replicó el campesino, para el jóven el mirlo silba, el grajo garrula, la urraca chilla, el cuervo grazna, el palomo arrulla, la gallina cacarea; para el viejo los pájaros hablan.

El caballero se echó á reír.

—Válgame Dios! eso es desvariar.

El viejo replicó gravemente:

—No teneis razon, señor Pecopin.

—¿Cómo sabeis mi nombre, exclamó el jóven, si nunca me habeis visto?

—Los pájaros son los que lo dicen, respondió el campesino.

—Sois un viejo loco, buen hombre, dijo Pecopin.

Y pasó adelante.

Próximamente una hora despues, al atravesar un campo raso, oyó el sonido de las trompas de caza y vió aparecer en el bosque una porcion de elegantes caballeros: era el conde palatino que iba de cacería, acompañado de los burgraves, que son los condes de los castillos; de los wildgraves, que son los condes de los bosques; de los landgraves, que son los condes de las tierras; de los rhingraves, que son los condes del Rhin, y de los rangraves, que son los condes del derecho de la fuerza. Un gentil-hombre del pfalzgraf, llamado Gaïrefroi, vió á Pecopin y le dijo:

—Hola, bello cazador! ¿Quereis venir con nosotros?

—Dónde vais? dijo Pecopin.

—Bello cazador, respondió Gaïrefroi, vamos á cazar un milano que vaga por Heimburg y que destruye nuestros faisanes; vamos á cazar un buitre en Vaugtsberg que extermina nuestros alcotanes, y vamos á cazar un águila á Rheinstein que mata los esmerijones. Venid con nosotros.

—Cuándo estareis de vuelta? preguntó Pecopin.

—Mañana, dijo Gaïrefroi.

—Entonces os sigo, contestó Pecopin.

La caza duró tres días. El primer día Pecopin mató el milano, el segundo el buitre y el tercero el águila. El conde



CABALLERO ¿ COMPRENDEIS LO QUE DICEN ESOS PAJAROS ?

palatino se maravilló al ver un arquero tan excelente.

—Caballero de Sonneck, le dijo, yo te doy el feudo de Rhineck, situado junto á mi torre de Gutenfels. Vas á seguirme á Stahleck, para recibir la investidura y prestarme pleito-homenaje, *in mallo publico et coram scabinis*, como dicen las cartas del santo emperador Carlo-Magno.

Era preciso obedecer. Pecopin envió á Bauldour un mensaje en el cual le anunciaba tristemente que la graciosa voluntad del pfalzgraf le obligaba á dirigirse sin pérdida de tiempo á Stahleck para tratar de un asunto muy grave é importante.

—Estad tranquila, señora mia, añadía al terminar; yo estaré de vuelta el mes que viene.

El mensajero partió.

Pecopin siguió al palatino y fué á dormir con los caballeros de la comitiva del príncipe en el castillo de Bacharach. Aquella noche soñó que se encontraba en la entrada del bosque de Sonneck, y que veía la alquería, los cuatro árboles y los cuatro pájaros; los pájaros no chillaban, ni silbaban, ni cantaban, pero hablaban. Sus cantos y gorjeos, en los cuales mezclaban también sus voces la gallina y el palomo, se habían cambiado en este extraño diálogo, que Pecopin dormido oyó distintamente:

EL GRAJO.

El pichon está en el bosque.

EL MIRLO.

En el corral dice aun la gallina: Pecopin!

EL GRAJO.

El pichon dice: Bauldour!

EL CUERVO.

El señor está viajando.

LA URRACA.

Y ella está en la torre. Chut!

EL GRAJO.

Volverá de Alepo él?

EL MIRLO.

De Fez?

EL CUERVO.

O de Damanhour?

LA URRACA.

La gallina y el pichon han apostado, segun parece, por...

LA GALLINA.

Pecopin!

Pecopin!

EL PICHON.

Bauldour! Bauldour!

Pecopin, al despertarse, sintió que le bañaba su cuerpo un sudor frio; en seguida se acordó del viejo y se espantó, sin saber por qué, de este sueño y de este

diálogo; luego hizo esfuerzos por comprender y no se dió explicacion de lo que le sucedia; despues se volvió á dormir, y á la mañana siguiente, cuando el dia apareció y vió el hermoso sol, que desvanece los espectros, disipa los sueños y dora las ilusiones, ya no se volvió á acordar ni de los cuatro árboles, ni de los cuatro pájaros.

IV.

Donde se trata de las diversas cualidades propias de las diversas embajadas.

Pecopin era un hidalgo de renombre, de raza, de génio y de figura. Una vez introducido en la corte del pfalzgraf é instalado en su nuevo feudo, cayó tan en gracia al palatino, que este digno príncipe le dijo un dia:

—Amigo, voy á enviar una embajada á mi primo el de Borgoña, y te he elegido para que desempeñes el papel de embajador, en razón al gentil nombre que llevas.

Pecopin debió hacer lo que queria su príncipe.

Llegado á Dijon, se hizo distinguir de tal manera por su bella palabra, que el duque le dijo una tarde, despues de haber vaciado tres sendos vasos de vino de Bacharach:

—Señor Pecopin, sois nuestro amigo; yo tengo algunas cuestiones que tratar con monseñor el rey de Francia, y contando con el conde palatino que me permite os envíe cerca del rey, os he elegido para embajador, teniendo en consideracion vuestra ilustre raza.

Pecopin fué á Paris.

El rey le cobró afecto, y llamándole aparte una mañana,

—A fé mia, caballero Pecopin, le dijo, puesto que el palatino os ha prestado al borgoñon para el servicio de Borgoña, el borgoñon creo que os prestará al rey de Francia para el servicio de la cristiandad. Necesito un caballero de la más alta nobleza para que vaya de mi parte á hacer ciertas advertencias al miramolin de los moros en España, y os he elegido por embajador en atencion á vuestro claro talento.

Se puede negar el voto al emperador, pero no se puede negar nada al rey de Francia; Pecopin dirigió sus pasos hácia España.

En Granada el miramolin le acogió perfectamente y le invitó á las zambras de la Alhambra. Todos los dias se cele-

braban fiestas, corridas de cañas y de lanzas y cazas con el halcón, y Pecopin tomaba parte en ellas, como gran justador y gran cazador que era. En su calidad de moreno muy subido, el miramamolín tenía buenos alcotanes, excelentes tormelas y admirables tunecinos, y con este motivo hubo en las cazas los incidentes más bellos que se pueden imaginar. A pesar de todo esto, Pecopin no olvidó los negocios que le había encargado el rey de Francia. Cuando ultimó la negociación, el caballero se presentó en el palacio del sultán para despedirse.

—Recibo vuestro adiós, caballero cristiano, dijo el miramamolín, porque vais en efecto á partir en seguida para Bagdad.

—Para Bagdad! exclamó Pecopin.

—Sí, caballero, repuso el príncipe moro; pues yo no puedo firmar el tratado con el rey de París sin el consentimiento del califa de Bagdad, que es el príncipe de los creyentes. Tenía que enviarse para esto una persona de importancia, y os he elegido por embajador, teniendo en consideración vuestra interesante figura.

Cuando se está entre los moros se hace lo que los moros quieren. Son perros é infieles.

Pecopin fué á Bagdad.

Allí tuvo una aventura.

Un día se paseaba por debajo los muros del Serrallo, y al verle la sultana favorita tan bello, tan triste y tan altivo, se enamoró de él.

Le envió una esclava negra, que habló al caballero en el jardín de la ciudad, junto á un tilo *microphylla* que aun existe todavía, y le entregó un talismán, diciéndole:

—Esto procede de manos de una princesa que os ama, pero que no vereis jamás. Guardad este talismán. Mientras lo lleveis sereis jóven. Cuando esteis en peligro de muerte, tocadle y os salvará.

Pecopin, por lo que pudiera ser, aceptó el talismán, que era una bellísima turquesa incrustada de caracteres desconocidos, y lo prendió en la cadena que llevaba colgada al cuello.

—Ahora, caballero, añadió la esclava al despedirse, tened en cuenta lo que os he dicho; mientras tengais esa turquesa pendiente del cuello no envejecereis ni un día; pero si la perdeis, envejecereis en un minuto todos los años que habreis dejado tras de vos. Adiós, bello *giaour*.

Esto dicho, la negra se fué.

Sin embargo, el califa había visto acercarse la esclava de la sultana al caballe-

ro cristiano. El tal era muy celoso y algo mágico. Convidó á Pecopin á una fiesta, y al ser de noche le condujo á lo más alto de una torre. Pecopin, descuidadamente, llegó demasiado cerca del parapeto, que era muy bajo, y el califa le habló en estos términos:

—Caballero, el conde palatino te envió al duque de Borgoña en consideración á tu nombre distinguido; el duque de Borgoña te envió al rey de Francia en consideración á tu noble estirpe; el rey de Francia te envió al miramamolín de Granada en consideración á tu claro talento; el miramamolín de Granada te envió al califa de Bagdad en consideración á tu arrogante figura; y yo, en consideración á tu nombre distinguido, á tu noble estirpe, á tu claro talento y á tu arrogante figura, te envío al diablo.

Pronunciando esta última palabra, el califa empujó violentamente á Pecopin, el cual perdió el equilibrio y cayó desde lo alto de la torre.

V.

Buen efecto de una buena idea.

Terrible es el relámpago que hiere la pupila del hombre en el momento que cae en un abismo y que le presenta á la vez la vida de la cual vá á salir y la muerte en la que va á entrar. En ese minuto supremo, Pecopin, desvanecido, envió su último pensamiento á Bauldour y llevó la mano á su corazón, lo que hizo que sin pensar tocase el talismán. Apenas rozaron sus dedos la turquesa mágica, sintió que era llevado como si tuviese alas. El no caía, se cernía en los aires. De esta manera voló toda la noche. Al despuntar el día, la mano invisible que le sostenía le depositó en una playa solitaria á orillas del mar.

VI.

Donde se vé que el mismo diablo comete una falta por ser gloton.

Por este mismo tiempo había sucedido al diablo una aventura desagradable y singular. El diablo tiene la costumbre de llevarse en un saco las almas de los que caen en sus garras, como puede verse en la fachada de la catedral de Friburgo en Suiza, en la cual está representado con una cabeza de cerdo en los hombros, un garfio en la mano y un

cesto de traperos en la espalda, pues el demonio encuentra y recoge las almas de los perversos en los montones de inmundicia que el género humano deposita en el rincón de todas las grandes verdades terrestres ó divinas. El diablo no acostumbraba cerrar su cesto, lo que facilitaba el medio de que se escapasen muchas almas, gracias á la celeste malicia de los ángeles; pero se apercebíó de ello y puso á su cesto una buena tapa, asegurada por un buen candado. Mas las almas, que son muy sutiles, no se apuraron gran cosa porque las cerrase la tapa, pues ayudadas por los pequeños y rosados dedos de los querubines, encontraron aun medio de escaparse por los agujeros del cesto. Al ver esto, el diablo, despechado, mató un dromedario, y de la piel de la joroba hizo un odre, que consiguió cerrar maravillosamente con la ayuda del demonio Hermes, y del cual se daba por más satisfecho cuando lo veía lleno de almas, que un estudiante cuando tenía una bolsa llena de zequíes de oro. Ordinariamente en el alto Egipto y á orillas del mar Rojo es donde el diablo llena su odre, después de haber dado su habitual vuelta por el país de los paganos y los incrédulos. Dicho lugar es muy desierto; es una playa arenosa cerca de un bosquecito de palmeras, que está situado entre Coma, punto donde nació San Antonio, y Clisma, sitio en donde murió San Sisoés.

Un día el diablo había hecho mucha mejor caza que de ordinario y llevaba alegremente su odre, cuando se volvió por casualidad y vió que á algunos pasos de él había un ángel que le miraba sonriéndose. El diablo alzó los hombros y continuó apilando en su saco las almas de que se había apoderado, sin espurgar ninguna, pues todo era bueno para meter en él. Cuando concluyó esta operación asió el odre con una mano para cargarle sobre la espalda, pero le fué imposible levantarlo del suelo; tantas almas había metido, y tantas eran las iniquidades que habían cometido, que hacían la carga pesada y agobiosa. Cogió entonces esta alforja del infierno con los dos brazos, pero el segundo esfuerzo fué tan inútil como el primero; el odre permaneció fijo, como si fuese el extremo de una roca que sale de la tierra.

—¡Oh almas de plomo! dijo el diablo, acompañando estas palabras con otros juramentos, y volviéndose vió al ángel que le miraba riéndose.—¿Qué haces ahí? gritó el demonio.

—Ya lo ves, contestó el ángel; me sonreía ahora mismo y me río ahora.

—Oh! volador celeste! inocentón, vete! replicó Asmodeo.

Pero el ángel mostró el semblante severo y le dijo:

—Dragon, oye lo que te voy á decir de parte de Aquel que es tu Señor: tú no podrás llevar esa carga de almas á la gehenna hasta que un santo del paraíso ó un cristiano caído del cielo te ayude á levantarla de tierra y á cargarla en tus hombros.

Esto dicho, el ángel abrió sus alas de águila y echó á volar.

El diablo se vió muy apurado.

—¿Qué quiere decir ese imbécil? refunfuñó entre dientes. ¿Un santo del paraíso ó un cristiano caído del cielo? Pues ya tengo para rato si he de esperar aquí á que me vengan á prestar unos ú otros su ayuda. ¡Diantre! ¿Para qué habré llenado yo tanto ese pellejo? ¡Y ese necio, que no es hombre ni pájaro, se burlaba de mí! Vamos! Tendré que esperar á que venga un santo del paraíso ó que caiga un cristiano del cielo. ¡Vaya una majadería! Preciso es convenir que allá arriba se divierten con cosas de poca monta.

Mientras que hablaba para sí de esta manera, los habitantes de Coma y de Clisma creyeron que empezaba el trueno á retumbar sordamente en el horizonte, y era que el diablo hablaba entre dientes.

Para un carretero metido en un atasco, jurar es un desahogo, pero salir del atolladero es quedar descansado. El pobre diablo se devanaba los sesos y desvariaba.

Pero el que perdió á Eva es un pícaro muy largo. Entra en todas partes y cuando quiere; lo mismo se desliza en el amor que en el paraíso. Así que conservaba sus relaciones con San Cipriano el mágico y aprovecha la ocasión, cuando se le ofrece, de captarse la benevolencia de otros santos, ora prestándoles pequeños y misteriosos servicios, ora dirigiéndoles palabras lisonjeras. Como quiera que es un gran sábio, sabe la conversación que ha de dar á cada uno, y á todos los ataca por su flaco. A San Roberto de York le lleva panecillos de avena con manteca; con San Eloy habla de cosas de platería y con San Teodoro de cosas de cocina. Al santo obispo German le habla del rey Childeberto, al santo abad Wandrille del rey Dagoberto, y al santo eunuco Ustazade del rey

Sapor. A San Pablo el Simple le habla de San Antonio, y á San Antonio de su cerdo. A San Lupo le habla de su mujer Pimeniole, pero á San Gomer no le dice una palabra de su mujer Gwinmarie.

El diablo es el adulador más grande que se conoce. Corazon de hiel, boca de miel.

Así en estas cosas llegaron cuatro santos, que son conocidos por su estrecha amistad: San Nilo el Solitario, San Autremoine, San Juan el Enano y San Medardo, que habian ido precisamente aquel dia á pasearse por las orillas del mar Rojo. Como iban hablando, el diablo les vió llegar cerca del bosque de palmeras antes de que ellos lo distinguiesen. Incontinenti tomó la figura de un viejo muy pobre y muy achacoso y empezó á gritar y á lamentarse.

Los santos se acercaron.

—Qué es eso? dijo San Nilo.

—Ay de mí! ay de mí! caritativos señores, exclamó el diablo, venid á ayudarme, yo os lo suplico. Soy un pobre esclavo, y mi señor es un hombre infame, comerciante de Fez. Vosotros sabéis muy bien que todos los de Fez, los moros, nómadas, garamantes y todos los habitantes de la Berbería, de la Nubia y del Egipto son malos, perversos, aficionados á las mujeres y á las relaciones ilícitas, temerarios, ladrones, atrevidos é inhumanos, á causa de la influencia que ejerce sobre ellos el planeta Marte. Además, mi señor es un hombre que padece del atrabilis, la bilis y la pituita de Ciceron: esto le crea una melancolía fria y seca que le vuelve tímido, falto de valor y fecundo para inventar maldades, las que ensaya y practica con nosotros, pobres esclavos, y especialmente conmigo, pobre viejo.

—Dónde vais á parar, amigo mio? dijo San Autremoine con interés.

—A eso voy, mi buen señor, respondió el demonio. Mi amo es un gran viajero y tiene muchas manías. En todos los países donde vá tiene el capricho de levantar en su jardin una montaña de arena, recogida de las orillas de los mares cerca de las cuales este infame se establece. En la Zelanda ha apiñado un monton de arena fangosa y negra; en la Friria otro de arena vasta mezclada de conchas rojas, entre las cuales se encuentra el cono atigrado, y en el Quersoneso cimbrico, que hoy se llama Jutlandia, otro de arena fina mezclada de conchas

blancas, entre las cuales no es raro hallar la almeja...

—El diablo te lleve! interrumpió San Nilo, que era de carácter impaciente. Vamos al grano. Nos has hecho perder ya un cuarto de hora escuchando tus majaderías. Conque habla, que voy á contar los minutos.

El diablo se inclinó humildemente.

—Vos contais los minutos, señor? Es una distraccion noble. Entonces debeis ser del Mediodía, porque los del Mediodía son ingeniosos y aficionados á las matemáticas, pues son vecinos más cercanos que los demás hombres del círculo de las estrellas errantes.

Luego, de pronto, se echó á sollozar y á golpearse el pecho con los puños.

—Ay de mí! ay de mí! mis generosos príncipes, yo tengo un señor muy cruel. Para levantar su montaña me obliga á venir á mí, pobre viejo, todos los dias á llenar este odre de arena á la orilla del mar. Preciso es que la lleve á cuestras. Cuando concluyo mi viaje empiezo otro, y esto dura desde que asoma el alba hasta que se pone el sol. Si quiero reposar, si quiero dormir, si sucumbo á la fatiga, si el odre no está muy lleno, manda que se me azote. Ay de mí! yo estoy agobiado de miserias, de golpes y de enfermedades. Ayer, despues de haber hecho seis viajes durante el dia, llegó la noche, y tan fatigado estaba, que no pude cargar á mi espalda este odre que acababa de llenar; aquí he pasado toda la noche llorando al lado de mi carga y espantado de la cólera de mi amo. Señores, caritativos señores, por gracia y por piedad, ayudadme á colocar este fardo en mis hombros, á fin de que pueda volver al lado de mi señor, porque si tardo me matará. Ay! ay!

Al escuchar este patético relato, San Nilo, San Autremoine y San Juan el Enano se sintieron conmovidos, y San Medardo se echó á llorar, lo que produjo en la tierra una lluvia de cuarenta dias.

Pero San Nilo dijo al demonio:

—Yo no puedo ayudarte, amigo mio, en lo cual tengo un gran sentimiento, pues es preciso poner la mano en ese odre, que es una cosa muerta, y un versículo de la Sagrada Escritura prohíbe tocar las cosas muertas bajo pena de quedar impuros.

San Autremoine dijo al demonio:

—Yo no puedo ayudarte, amigo mio, lo cual siento en el alma, pues considero que eso seria hacer una buena accion, y las buenas acciones tienen el inconveniente

de envanecer al que las hace, por lo que me abstengo de ayudarte para conservar la humildad.

San Juan el Enano dijo al demonio:

—Yo no puedo ayudarte, amigo mio, y en verdad que me aflige en extremo; pero como tú ves, soy tan pequeño, que apenas te llego á la cintura. ¿Cómo, pues, podré ponerte esa carga en las espaldas?

San Medardo, bañado en lágrimas, dijo al demonio:

—Yo no puedo ayudarte, amigo mio, y bien sabe Dios cuánto lo siento; pero estoy tan conmovido, que no tengo fuerzas en mis brazos.

Y continuaron su camino.

El diablo estaba rabioso.

—Vaya unos animales! exclamó, mirando cómo se alejaban los santos. ¡Viejos pedantes! Parece mentira que con tantas barbas se digan tantos absurdos. No me cabe duda, son más estúpidos que el ángel.

Cuando uno monta en cólera tiene al menos el recurso de enviar al diablo á aquel con quien se irrita. El diablo no tiene ese consuelo, por lo que, en todos sus arrebatos de ira, el aguijon que éste lanza se le clava á él mismo y le exaspera.

Renegando de su enemigo el cielo, en el cual fijaba sus encendidos y furiosos ojos, vió que por las nubes aparecia un punto negro. Ese punto se iba agrandando y aproximando; el diablo miró: era un hombre, era un caballero armado y encasquetado, era un cristiano con una cruz roja en el pecho, que caia de las nubes.

—Estoy salvado, exclamó el demonio saltando de alegría. Es mi cristiano el que llega. Con los cuatro santos no he podido entenderme; vamos á ver si me entiendo con este hombre.

Diciendo esto, Pecopin, depositado dulcemente en la ribera, ponía el pié en tierra.

Al apereibir al viejo, que estaba como un esclavo que se repona de la fatiga al lado de un fardo, se dirigió á él y le dijo:

—Quién sois, amigo, y dónde estoy yo?

El diablo se echó á gimotear lastimosamente.

Monseñor, vos estais en la orilla del mar Rojo, y yo soy el más desgraciado de los desgraciados.

Con este motivo cantó al caballero la misma antífona que á los santos, suplicándole por conclusion que le ayudase á cargar el odre en sus espaldas.

Pecopin movió la cabeza.

—Buen hombre, me habeis contado una historia muy inverosímil.

—Mi estimado señor que caeis del cielo, respondió el diablo, la vuestra lo es más todavía, y no obstante es verdadera.

—Teneis razon, dijo Pecopin.

—Y además, replicó el demonio, ¿qué quereis que hiciera aquí? Si mis desgracias no tienen buena apariencia, ¿es culpa mia? Yo soy pobre de cuerpo y de espíritu, no sé inventar, es preciso que una mis gemidos con mis aventuras, y no puedo poner al servicio de mi historia más que la verdad. A tal comida, tal sopa.

—Convengo en ello, dijo Pecopin.

—Y por fin, prosiguió el diablo, ¿qué mal os puede hacer á vos, mi valiente jóven, ayudar á un pobre viejo achacoso á cargar este odre en sus hombros?

Esto pareció concluyente á Pecopin. Se inclinó, levantó de la tierra el odre sin dificultad alguna, y sosteniéndolo entre sus brazos, se aprestó á colocarlo en la espalda del viejo, que estaba encorvado delante de él.

Un momento despues estaba todo hecho.

El diablo tiene vicios y esto es lo que le pierde.

Es gloton. En aquel instante tuvo la idea de unir el alma de Pecopin á las otras que se iba á llevar, pero para esto era preciso matar antes á Pecopin.

Llamó, pues, en voz baja á un espíritu invisible y le mandó, dirigiéndole palabras oscuras, cierta cosa.

Todo el mundo sabe que cuando el diablo dialoga y conversa con otros demonios, habla una jerga mitad italiana, mitad española, mezclando algunas palabras latinas.

Esto ha sido probado y está claramente consignado en muchas partes, y en particular en el proceso del doctor Eugenio Torralva, que fué comenzado en Valladolid el 10 de Enero de 1526 y terminado de un modo conveniente el 6 de Mayo de 1531 con el auto de fé del dicho doctor.

Pecopin sabia mucho de muchas cosas. Era un caballero distinguido, capaz de sostener airosamente una discusion. Además era hombre de letras y conocia la lengua del diablo.

Por lo que, en el mismo momento en que dejó caer el odre sobre su hombro, oyó decir en voz muy baja al viejecillo encorvado: *Vamos, non sierra occhi, verbera, frappa, y echa la piedra.* Esto fué para Pecopin como un rayo de luz.